El

amante

prestado

[44:] 6

EL AMANTE PRESTADO,

COMEDIA EN UN ACTO,

traducida libremente del francés

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por primera vez en Sevilla el año de 1830, y en Madrid, en el teatro del Príncipe, el dia 4 de Junio de 1831.

G. de G.
Lacunda

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES, CALLE DE SEGOVIA, N. 6.

1847.

PERSONAS.	ACTORES.
Luisa.	*Doña Joaquina Baus.*
El conde del Manzano. . . .	*Don Carlos Latorre.*
Paulina.	*Doña Concepcion Rodriguez.*
Don Onofre.	*Don Bruno Rodriguez.*
Bartolo.	*Don Antonio de Guzman.*
Andres.	*Don Mariano Casanova.*
Caballeros.	
Señoritas.	

La escena es en una casa de campo.

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

Alejandro Barrera

Acto único.

El teatro representa un jardin. A un lado, un pabellon. En el fondo á la izquierda un bosquecillo.

ESCENA PRIMERA.

DON ONOFRE. ANDRES.

Ono. Haz lo que te digo, y déjate de reflexiones. Ya sabes que la señorita manda en gefe.

And. Pero, señor mayordomo, ¿hay conciencia para eso? ¡Hacerme arrancar los sáuces para ensanchar la glorieta, porque se le ha puesto en la cholla que el baile ha de ser allí!

Ono. Y á tí ¿qué te importa? El señor baron, nuestro amo, no tiene mas hijos que la señorita Luisa, y quiere darla gusto en todo y por todo. Haz tú lo mismo, y no te metas en camisa de once varas.

And. Bien está. — (¡Pues no podian bailar en la punta de un cuerno!)

ESCENA II.

DON ONOFRE.

¡Miren cómo vuelve por los intereses de la casa! ¡Habrá borrico...! Eso es no tener idea del servicio. — ¡Hola! ¡Bartolillo el arrendador!

ESCENA III.

DON ONOFRE. BARTOLO.

Bar. Buenos dias, don Onofre.

Ono. ¿Cómo te ha ido en Ocaña? ¿Has hecho negocio?

Bar. ¡Eh! No se ha perdido el viage. He comprado algunas bestias... Ganado sano, robusto... A propósito: ¿cómo va de salud, don Onofre?

Ono. Vamos pasando. ¿Y tú?

Bar. Yo siempre bueno y contento.

Ono. Lo creo. No conozco á un pícaro mas felíz que tú. Jóven, nada feo, rico... porque tu padre al morir te dejó bien acomodado, y luego... ¿Cómo no has pensado todavia en casarte? Todas las muchachas de la aldea deben suspirar por tí.

Bar. (*Risueño.*) Ah, ah... Me agasajan, me miman, se pirran por bailar conmigo... pero yo digo para mi saco: guarda, ¡Bartolo! que hay madres de por medio, y casan á un cristiano si se descuida un poco.

Ono. Pero hombre.

Bar. Nada, nada. Siendo su amante me rio de ellas, y si fuera su marido... se reirian ellas de mí. — La verdad, señor mayordomo. Yo no amo á nadie: tengo esta felicidad; pero no me opongo á que me amen á mí.

Ono. Ya; tú te dejas querer...

Bar. Y así tengo donde elegir.

Ono. Te veo hablar muy á menudo con Paulina, la hija de Fabian, el difunto jardinero... Esa simplecilla, que el baron conserva en su casa por caridad. — ¿Es tu consejera?

Bar. Yo le diré á usted. — Hablo con ella... asi... cuando la encuentro, porque es ahijada de mi tia Gregoria... y amen de eso tiene á veces unas ideas... y como esto es lo único que á mí me falta...

Ono. Ya.

Bar. Ayer, por ejemplo, me dió una que no pienso echarla en saco roto, como dice el otro.

Ono. ¿Cosa de boda?

Bar. Algo mejor. Cosa de aumentar mi fortuna; y eso es precisamente lo que me trae por acá.—Dígame usted, don Onofre, ¿hay mucha gente en la quinta?

Ono. ¡Toma! Todos los propietarios de la comarca; todos los aspirantes á la mano de la señorita, que se relevan muy á menudo, con sus primas, sus hermanas...

Bar. ¿Y aun no se ha decidido doña Luisita?

Ono. Quiere escoger... como tú. Dice el refran: antes que te cases, mira lo que haces, porque los amantes se pueden mudar, pero un marido es censo irredimible. Hoy es el dia que se ha fijado para la eleccion; pero á pesar de las instancias del amo, que por razon de su gota y sus senta y cuatro del pico tiene prisa de establecerla, la señorita pasa sus dias en aburrir á los pretendientes con sus caprichos y sus estravagancias.

Bar. ¡Qué diablura...! Pues se dice que entre esos señoritos hay uno que le parece mas amable que los otros.

Ono. Sí; el conde del Manzano, hijo de un antiguo amigo del baron... ¡Oh! Sí: es jóven de talento, fino, buen mozo...

Bar. Y tiene una hermosa hacienda, que está vacante, segun me ha dicho Paulina.

Ono. A pesar de sus buenas prendas, dudo mucho que sea preferido.

Bar. ¿Por qué?

Ono. Porque, segun dice la señorita, tiene ideas un poco rancias... Figúrate tú, quiere que las mugeres vivan sometidas á sus maridos.

Bar. Quiere muy bien.

Ono. Asi es que no se presta mucho á las humoradas de la señorita.

Bar. ¡Qué diantre! Pues yo quisiera que el conde fuese el elegido.

Ono. ¿Le proteges tú?

Bar. Quiero que me proteja él á mí, que viene á ser lo mismo. Me vendria muy al caso que me diese en arrendamiento su hacienda del Nogueron, que está cerquita de aqui. ¡Caramba! Si me la da, ¿quién me tose á mí? Entonces sí que podré escojer entre las mas estiradas.

Ono. ¡Pues no es ambicioso el niño que digamos!

Bar. Vaya, don Onofre... hable usted por mí... Tengo en casa un soberbio pellejo de moscatel... ¡Eh! ¿Acomoda?

Ono. Calla, hombre; no hables tan alto.—Aunque tú no me hicieras ese obsequio, siempre mi amistad... Es muy buen muchacho este Bartolo.

Pau. (*Dentro.*) Don Onofre? Don Onofre?
Ono. ¡Chist...! Paulina viene.

ESCENA IV.

DICHOS. PAULINA *trae una cesta con flores.*

Pau. ¿Don Onofre?
Ono. ¿Qué hay de nuevo?
Pau. Venga usted corriendo. Hace una hora que le busco para decirle... ¡Ah, que está aqui Bartolito!
Bar. Buenos dias, Paulina.
Ono. Para decirme... ¿Qué? Vamos.
Pau. (*Mirando á Bartolo.*) Sí... Para decirle á usted... Estás bueno, Bartolito?
Ono. Para decirme... ¿No acabarás?
Pau. Por vida de... Se me ha olvidado.—Venia... venia... ¡Qué buen semblante tiene esta mañana Bartolo!
Ono. El demonio de la tonta está con su Bartolo... Ni siquiera sabe dar un recado.—¿Es cosa del desayuno?
Pau. Sí, eso es. Estan almorzando, y les falta no sé qué.
Ono. Vino. Aqui tengo la llave de la bodega. Voy corriendo... (*Aparte á Bartolo.*) Haré que hables despues con el conde.
Pau. Vamos; despache usted, que hay convidados.
Ono. Voy, voy. Les daré el mejor vino...
Pau. Pues; del que usted bebe.
Ono. Miren la tontuela... Hasta luego.

ESCENA V.

BARTOLO. PAULINA.

Pau. ¡Tontuela! ¿Habrá zamacuco? ¡Asi me tratan todos...! menos Bartolo. A lo menos él no me dice cosas desagradables. — Es verdad que nunca me habla. Ahora, por ejemplo, pregunto yo: ¿en qué estará pensando...? si es capaz de pensar en algo. (*Acercándose.*) ¡Bartolito!
Bar. (*Con indiferencia.*) ¡Ah! ¿Estás aun por aqui, Paulina?
Pau. (¡Qué! ¡Si es muy amable!) — (*Acercándose mas.*)

Sí; aqui estoy.—Te veo caviloso... ¿Qué estás ahí maquinando entre tí?

Bar. ¡Ah...! Estoy pensando... en la taberna de la tia Colasa, donde he almorzado esta mañana.

Pau. ¡Gran motivo para cavilar!

Bar. Figúrate tú que todos los amigos me han estado quemando la sangre! ¿Por qué no te casas, borrico? Tienes dinero, nadie te manda... Cásate, avestruz. Tú puedes hacer felíz á una honrada muchacha.

Pau. ¡Pues! Lo que yo te estoy aconsejando hace mucho tiempo...

Bar. Y esa es mi intencion. Asi que me den la hacienda del Nogueron, me caso.

Pau. No tienes necesidad de esperar tanto.

Bar. Sí tal, que por mucho trigo nunca es mal año; y cuando uno carga con obligaciones... Por otra parte, tú eres la que me ha hecho pensar en esa hacienda.

Pau. Ya; pero no debes descuidarte en elegir esposa.—Mientras tú pasas el tiempo haciendo calendarios, las mozas se casan, y te vas á quedar hecho un mochuelo.

Bar. ¡Pues es que tienes razon! Con esto de las quintas va habiendo escasez de mozas en el lugar.

Pau. ¡Oh...! (*Componiéndose.*) Todavia se encuentran... si se buscan bien.

Bar. ¡Eh! ¿Qué sé yo...? Veamos, Paulina. ¿Cuál te parece que me puede convenir mejor?

Pau. (*Con timidez.*) ¿Qué quieres que te diga yo? Alguna que sea amable... bonita.

Bar. Sí, sí; una que me haga honor.

Pau. Una que sea cariñosa, dulce... Porque tú eres muy vivo, aunque no lo manifiestas.

Bar. ¡Oh! Muy vivo.

Pau. Una que te cuide, que te quiera mucho.

Bar. Y que no me la pegue.

Pau. No; mejor es una que esté alerta para que no te la peguen los demas... porque tú eres un poco simple.

Bar. ¡Oh! Sí; tengo trazas de eso... pero soy muy ladino... aunque no lo manifiesto. — ¡Ah! Dime: la Petronila...

Pau. ¡Quita allá! ¿Te parece bien ese escuerzo?

Bar. Pero...

Pau. Tan magra, tan larguirucha, tan destartalada. Si parece un estandarte!

Bar. Verdad es que no es tan guapa como la Simona.

Pau. ¡Oh! Esa sí que es bonita.

Bar. Cuando yo digo...

Pau. Pero á todos les hace cara.

Bar. ¿La Simona?

Pau. No hay mas que verla los domingos. ¡Cómo se acicala! ¡Cómo hace el pavo real...! Y nunca la he visto bailar dos veces con uno mismo.

Bar. A bien que no dirás eso de Toribia, la hija del albeitar.

Pau. ¡Bella muchacha! y tan bondadosa... pero cojea del pie derecho.

Bar. ¿Qué me cuentas? Pues cuando está sentada no se la conoce la cojera.—¿Y qué me dices de Juliana?

Pau. ¡Hum! Mala lengua.

Bar. ¿Y Telesfora?

Pau. Está opilada.

Bar. ¿Y Celestina?

Pau. Te lleva diez años.

Bar. ¿Y Antona?

Pau. No está vacunada.

Bar. ¿Y Bárbara?

Pau. Se casa con Silvestre.

Bar. (*Rascándose la oreja.*) ¡Voto va...! Pues ya hemos pasado revista á todo el lugar.

Pau. (Dios mio! ¿Está ciego este hombre?)

Bar. Como no eche mano de las viudas... ¡Ah! ¡Qué bestia soy!

Pau. (*Con alegria.*) (Ya ha caido en la cuenta.)

Bar. Aquí en la aldea no hay cosa de provecho...

Pau. (¡Y quiero yo á ese topo!)

Bar. Pero mañana es dia de mercado. — Vendrán las muchachas de estas cercanías, y entre ellas elegiré.—A porfia me rendirán su corazon.

Pau. Si no se le han dejado en su pueblo.

Bar. Bien puede ser, porque en todas partes... (*Mirando adentro.*) Pero ya sale al jardin la señorita con su tertulia. Voy á buscar al mayordomo para que me presente al señor conde.—No me despido, Paulinita.—Si encuentro mi avío te he de regalar una saya.

ESCENA VI.

PAULINA.

Hum! Qué hombre! Yo creo que estoy sudando.—En todas piensa, menos en mí! Y me viene á pedir consejos! A mí, que le quiero tanto tiempo hace, y tan de corazon!—Qué desdichada soy! Nadie hace caso de Paulina! Nadie se acuerda de la pobre jardinera. Esos pícaros hombres solo codician las mugeres agenas; y como yo no pertenezco á nadie... Pues no me parece que soy tan fea.—Ah! Yo me vengaria de vosotras, las que me mirias con tanta arrogancia. Yo tendria veinte novios por falta de uno; sí; veinte novios... si alguno se atreviera á serlo para animar á los demas.—Ah! Dios mio! Ya están aquí los señores, y aun no están hechos mis ramilletes.—Sí, para ramilletes estoy yo. (*Toma el canastillo, y entra en el pabellon.*)

ESCENA VII.

LUISA. EL CONDE. CABALLEROS. SEÑORITAS. *Luego* PAULINA.

Lui. Y ahora? En que pasamos la mañana, amiguitas?
Con. Iremos á traer los chales y las sombrillas?
Una señ. Yo no sé quien habló de hacer una espedicion borricalmente hácia las viñas.—Qué te parece, Luisa?
Lui. No, no. Qué tonta diversion! A lo mejor se apea una por las orejas.
Con. Pues usted ha sido quien lo ha propuesto.
Lui. Bien puede ser... Pero mi padre está atacado de la gota. No se moverá del salon; y yo no puedo alejarme.
Todos. Tiene razon.
Un cab. Pues vámonos á la sala de la chimenea.
Lui. Jesus! Hace un calor!
Una señ. A la pradera.
Todos. Sí, sí. A la pradera.
Lui. Hay mucha humedad.—Por lo demas, ya sabeis que yo deseo daros gusto.

Con. (*Con soflama.*) Pero ya se ve, todo cansa... A qué fin pensar en divertirnos, cuando es mucho mas sencillo el fastidiarnos?

Lui. Eso es! Basta que se quiera hacer algo para que el señor conde se oponga á ello.

Con. Yo, señora!...

Lui. Si es espíritu de contradiccion! No hace mucho que hablándose de mi primo Casimiro, que se va á casar con la hija de un cualquiera, con una oscura labradora, tuve yo la desgracia de declamar contra un casamiento tan estravagante; y el señor, solo por llevar la contraria, ha perorado en defensa de mi primo, y ha sostenido que nadie es dueño de sus inclinaciones, y que siendo la novia bonita y amable...

Con. Permítame usted...

Todos. Lo ha dicho, lo ha dicho. (*Sale Paulina del pabellon y se queda á un lado triste, pensativa.*)

Con. Poco á poco. He dicho que es muy disculpable el hombre que estando muy enamorado no sacrifica su felicidad á una necia preocupacion. Si usted me hubiera dejado acabar...

Lui. Silencio! Es usted insoportable. No hay medio de disputar con usted.—Venid, niñas.—Pero qué veo?

Una señ. Preciosa muchacha!

Lui. Es mi jardinera.— Qué tienes, Paulina?

Pau. No haga usted caso, señorita. (*Entre sollozos.*) Estoy llorando.

Lui. Y por qué?

Con. No es dificil adivinarlo. Cuando llora una muchacha...

Lui. Siempre tiene algun hombre la culpa.—Te ha dado tu amante alguna pesadumbre?

Pau. Ojalá!... Pero eso no es posible.

Lui. Cómo?

Pau. Porque no le tengo.

Lui. No tienes amante?

Pau. No señora.

Lui. Y por eso lloras?

Pau. Digo! Si le parece á V. S. que no es bastante motivo para llorar!...

Todos. Es posible!

Pau. Triste de mí! Yo soy quizá la única en el pais que no tiene quien la quiera, ó á lo menos quien se lo diga. Y

si la culpa fuese mia... Yo hago todo lo posible por parecer bonita: me engalano cuanto puedo; me miro sin cesar al espejo; soy afable, cariñosa... Pero nada: no hay un zagal que me diga buenos ojos tienes.

Un cab. Deliciosa criatura!

Lui. (*Sonriéndose.*) Con que nadie te quiere?

Con. Eso es una infamia.

Pau. Una injusticia que clama al cielo. Hay tantas que tienen dos queridos!

Con. Calla! Tambien en la aldea?

Pau. Todo el mundo es pais. Sin ir mas lejos, ahí está la señorita, que lleva cinco ó seis al retortero.—Eso es hacer mala obra á las otras. Caramba! Eso es quererlo todo para sí.

Con. Y tiene mucha razon.

Lui. Calle usted! De veras? Pues bien, voy hacer algo por ella.

Pau. (*Vivamente.*) Me va usted á dar uno?

Con. (*Riendo.*) Bueno fuera!

Pau. Toma! Los ricos deben socorrer á los pobres.

Lui. Mira, Paulina, yo no te puedo dar un amante en propiedad, que soy demasiado interesada para eso... pero te puedo prestar uno.

Todos. Cómo!

Con. Algun capricho de los suyos.

Pau. (*Saltando de gozo.*) Ay, qué gusto! Qué alegria! Con eso me contento. Tenga yo uno aunque sea provisional, que ése me servirá de reclamo para otros.—Prometo volvérsele á V. S. exactamente... que soy muchacha honrada.

Lui. No lo dudo, Paulina.—Ea pues, todos esos señores me galantean. Míralos bien, y escoje el que mas te agrade.

Pau. Sí?... (*Despues de haber examinado á todos señala al conde.*) Pues... este.

Todos. (*Con bulla y palmoteo.*) Bravo! Bravo!

Lui. (Escelente ocasion para vengarme de él.) Amigo mio, le mando á usted hacer la corte á esa joven por espacio de dos horas.

Con. A Paulina?

Pau. (*Palmoteando.*) Ya tengo uno, ya tengo uno.

Lui. El objeto no puede desagradar á un hombre tan filantrópico y tan despreocupado como usted.

Con. (*Pasando al lado de Luisa.*) Pero no considera usted... Esa broma...

Lui. No hay aqui broma.—Usted es el galan de Paulina por dos horas.—Vamos, señor conde, sea usted muy obsequioso, muy tierno... muy sumiso sobre todo. Por lo que hace á eso, aun tiene usted algo que aprender. Tendré mucho gusto en que otra perfeccione su educacion.

Con. Idea mas estrambótica!... (No; yo no me someto...)

Lui. (*Aparte al conde.*) Cuidado, que hoy es cuando voy á elegir marido!—Quiero ver cómo me prueba usted su obediencia. Si se rebela usted, queda escluido.

Con. Pero Luisa, es posible... Oiga usted.

Lui. Nada oigo.

Con. Cómo quiere usted que...

Lui. Basta: yo lo exijo.

Con. Obedezco.

Lui. (*A las señoras.*) Está desesperado.—Ahí le dejo á usted con su dama.—Vamos, vamos nosotros á pasear.

Todos. Vamos.

ESCENA VIII.

El Conde. Paulina.

Con. (Vaya, que al diablo no se le ocurre... Ah! Si no la amase como un loco...)

Pau. (Vaya si es buen mozo mi amante!)

Con. (Mientras me impone tan ridícula condicion, mis rivales la van á hablar de su amor.—Digo! Para que se descuide don Federico... Qué baboso! Qué fátuo! No le puedo sufrir.)

Pau. (Tengo curiosidad de ver cómo enamoran los condes. Lindas cosas me va á decir.)

Con. (Tentado estoy por dejar aquí á esa zagala, y volverme... Oh! Luisa no me lo perdonaria jamas.)

Pau. (A qué espera su señoría?... Nada: no hace caso de mí.)—Señor conde...

Con. (*Sin mirarla.*) Bien, Paulina... bien...

Pau. Ni una mirada! Esto ya es demasiado. (*Picada.*) Mire V. S. que estoy aqui. Si no se porta mejor iré á quejarme á la señorita.

Con. Lo dices de veras?

Pau. Sí señor.—Vaya, que es mucha fatalidad la mia! Ni siquiera me dicen amores los que tienen obligacion de hacerlo! Ahí se está como un poste, mudo, yerto, distraido... Amantes así, en la aldea los tengo de sobra.

Con. (*Sonriéndose.*) (Dice bien .. y mejor será tenerla de mi parte.)—Dios te guarde, Paulinita.

Pau. Eso ya es otra cosa. Le han mandado á V. S. que sea tierno y amoroso... Venga V. S. aqui... cerca de mí.

Con. (No la habia yo mirado bien. Como soy que es una perla la muchacha.)—Paulina, supuesto que somos amantes, debe reinar entre los dos una confianza sin límites.—Vamos á ver: no tienes otro amante mas que yo?

Pau. Ah!

Con. No mientas, que te puede pesar. Yo cesaré pronto de ser tu amante, y puedo ser siempre tu amigo.

Pau. Qué diantre de pregunta! Pero me parece V. S. tan bueno, que haria mal en engañarle.

Con. Perfectamente. Con que tienes un amante?

Pau. Es segun.—Qué entiende V. S. por eso? Uno que nos ama, ó uno á quien amamos?

Con. Uno que nos ama.

Pau. (*Suspirando.*) Pues entonces no tengo ninguno. Sola yo pienso en él, señor conde: él no se acuerda de mí.

Con. Es posible!

Pau. Qué quiere V. S.? No soy rica, y por eso me desprecia. Las pobres no tenemos permiso para ser amables.

Con. (Es tan interesante como linda.)—Dime: á quien quieres mas, á ese jóven, ó á mí?

Pau. (*Cortada.*) Yo, señor...—El es tontuelo, y V. S. muy discreto; él es rústico; y V. S. cortesano; él huele á cebolla, y V. S. á rosas y claveles... Pero si él me dijera: me quieres? con nadie de este mundo sería yo mas dichosa.

Con. Pobrecilla! (Ah! Si Luisa pensase como ella!...)

Pau. Se ha enojado V. S. porque he dicho lo que siento?

Con. A la verdad, es muy desagradable para mí el pensar que prefieres á otro.

Pau. Oh! Sí; eso aflije mucho: no es verdad? V. S. lo sabrá ya por esperiencia; V. S. que quiere tanto á la señorita Luisa, y ahora está lejos de ella.— Casi, casi, siento ya haber elegido á V. S., porque no me gusta hacer penar á nadie. Si V. S. quiere, me retiro, y le dejo en libertad.

Con. No, no. Tú mereces que se interesen por tí; y ya que me has dado la preferencia, estoy obligado á protejerte, á asegurar tu dicha.

Pau. Es dificil.

Con. No tanto como piensas.—Se puede curar la indiferencia de tu querido, y si ese no se ablanda, no faltará otro... (Vamos, si es hechicera!) No te aflijas, Paulina, que á una niña hermosa nunca pueden faltar consoladores.

Pau. Sí?

Con. Yo mismo me ofrezco á serlo.

Pau. Gracias por tanto favor.

Con. Y para darte una prueba de mi cariño... (*La abraza.*)

Pau. Eh? Qué hace V. S.?

Con. Desempeñar el empleo que me han dado.

Pau. Pues no me está abrazando! Y yo tan simplona que me estoy quieta!

Con. (*Viendo á Bartolo.*) Hem! Quién viene?

ESCENA IX.

DICHOS. DON ONOFRE. BARTOLO.

Bar. (*Se detiene admirado.*) Perdone V. S.

Pau. (Es Bartolo.)

Con. Qué se ofrece?

Bar. (*Desconcertado.*) Si incomodo á V. S.

Ono. Este muchacho es Bartolomé Garrido, arrendador del señor baron. Desea hablar con V. S. sobre la hacienda del Nogueron. Quisiera tomarla en arrendamiento.

Con. Bartolomé Garrido?

Ono. Es muy buen muchacho, y me atrevo á recomendárselo á V. S.

Pau. (*Haciendo una reverencia.*) Sí, sí: es muy buen muchacho, y me atrevo á recomendárselo á V. S.

Con. Muy bien: Supuesto que tú te interesas por él... nos comprendemos.

Bar. (Mia será la hacienda.)

Con. Pero ante todas cosas, señor mayordomo, quisiera enviar ahora mismo una esquelita al escribano de la aldea.

Oon. (*Aparte á Bartolo.*) (Para que estienda la escritura

de arrendamiento.)—En ese pabellen hay escribanía.

Con. Muy bien. Entremos. (*Entra en el pabellon con don Onofre.*)

Bar. (*Mirando á Paulina.*) (Yo estoy pasmado! Qué influjo tiene Paulina sobre él! .. Cómo la miraba!)—Paulina, qué te decia ese señor cuando yo llegué?

Pau. Quién?

Bar. El señor conde del Manzano.

Pau. Ah!... Me estaba cortejando.

Bar. Ba! Ba! Cortejándote á tí?

Pau. Muchito. Me decia que soy bonita, que le gusto mucho...

Bar. Ah, ah, ah. Y tú lo crees? Qué boba eres! Un señor como él...

Pau. Es que... los señores suelen ver lo que no ven los palurdos.

Bar. Pues! Ellos que tienen así, asi, las bellas damas.

Pau. Y qué importa?

Bar. Ya; pero nunca se me hubiera pasado á mí por la imaginacion que pudiera hacer caso de tí... Qué mal gusto tiene su señoría!

Pau. (Qué descortés, y que animal!)

Bar. Ah! Ya se me olvidaba. He tomado tu consejo. Me caso.

Pau. (*Sobresaltada.*) Con quién?

Bar. Con Antona.

Pau. (Dios mio!)—Con que ya te has decidido?

Bar. Sí. Me encontré poco hace con la tia Rita, la madre de Antona, y me dijo que muchos pretendientes tenian ideas sobre su hija. Esto ha sido un rayo de luz para mí; porque en viendo yo que alguno tiene una idea, al instante digo: ahí está mi asunto.

Pau. Y te has declarado?

Bar. Al momento. La tia Rita me ha dicho que su hija será mi muger asi que me haga el conde arrendador de su hacienda.

Pau. Oh cielo!

Bar. Eh! Qué tienes, Paulina!

Pau. Nada.—Dios te haga felíz.

Bar. Ya vuelve el conde.

Pau. (Se casa con otra!) (*Salen del pabellon hablando el conde y don Onofre.*)

Ono. Y V. S. culpa los caprichos de mi señorita! Pues ya veo yo que no le va en zaga. Dar treinta mil reales de dote á esa muchacha!

Con. Chist!... Calle usted.—Andres?

Ono. No le faltarán partidos.

Con. Eso es lo que yo quiero. (*Sale Andres.*) Toma, Andrés: corre á entregar este billete al escribano.

And. Está muy bien. (*Lo toma y vase.*)

Con. Venga usted, y hablaremos, señor Bartolo.

Pau. (*Aparte al conde.*) Cómo! Tan pronto me deja V. S. siendo mi amante?

Con. Por un momento.

Pau. Oiga V. S... No tenemos mas que dos horas para enamorarnos, y á pocas escapatorias...

Con. Vuelvo pronto.

Pau. Antes quiero decir á V. S. una palabra.

Con. Bien. Estoy á tus órdenes.

Bar. (Pues es que le lleva como un zarandillo!)

Con. Vamos, qué quieres?

Pau. Quiero... (*A Bartolo y á don Onofre que se habian acercado. Se retiran estos hácia el pabellon, y hablan en voz baja.*) Déjennos ustedes.

Con. Vaya, dí.

Pau. V. S... es mi amante: no es verdad?

Con. Sí, querida.

Pau. Los amantes... deben obedecer?...

Con. Ciegamente.

Pau. Pues... esa hacienda que ha pedido á V. S. Bartolo en arrendamiento... es menester que...

Con. No tengas cuidado. Suya será.

Pau. Al contrario.—Es menester que V. S. se la niegue.

Con. Cómo!

Pau. Sí, yo lo quiero.

Con. Eso es otra cosa. (*Mirando á Bartolo, que le saluda con muestras de agradecimiento.*) Pobre muchacho! Yo creía que era él... Vamos, la guardaré para el otro.

Pau. Eso, eso. Para el otro.

Con. Pero con una condicion.—A las doce en punto me has de esperar al estremo del bosquecillo, junto al arca de agua. (Quiero ser el primero en anunciarla lo que hago por ella.)

Pau. Junto al arca de agua! Y para qué?

Con. Tengo que hablarte... Ya te lo puedes figurar... En favor del otro.

Pau. Ah!... Sí...

Con. Con que no se te olvide: á las doce.

Pau. Bien: no faltaré.— (*En alta voz, mirando á Bartolo.*) A Dios, señor conde. No me haga V. S. esperar.

Con. Venga usted, Bartolo. (*Entra en el pabellon; Bartolo le sigue.*)

Bar. Voy, señor.—(Juraria que me va gustando un poco esta muchacha.)

Pau. Si ahora se casa Antona con él, no será á lo menos por la hacienda del Nogueron.

ESCENA X.

D. Onofre. Paulina.

Ono. (Se ha visto cosa como ella! Treinta mil reales de dote!... Si yo los atrapara... Soy algo coscon... pero mil y quinientos duros convienen á todas las edades. Ella no sabe nada... y siendo yo el primer pretendiente... Qué diablo! Nada se pierde por probar...) Paulinita? (*Se acerca.*)

Pau. (Ah! El maldito mayordomo. Me va á regañar como acostumbra.)

Ono. Paulinita, ya sabes que me intereso por tí.—Te he visto nacer, y siempre te he querido mucho.

Pau. A mí? mucho lo ha disimulado usted. Siempre llamándome tonta, siempre gruñéndome...

Ono. De puro cariño. (*Tomando la mano á Paulina.*) El que bien te quiera te hará llorar, dice el proverbio.—Ven, ven por aquí. No hay necesidad de que nos oigan desde ese pabellon. (*La lleva al estremo opuesto, y la habla al oido.*)

Pau. De veras? Ah, ah, ah!—Se chancea usted?—(*Don Onofre sigue hablándola al oido con mucho calor.*) Qué oigo! Usted casarse conmigo!

Ono. Muchacha, no te asustes!... ni grites de ese modo.

Pau. Yo mayordoma! Yo que soy una pobre...

Ono. Nunca es pobre una muchacha bonita.—Yo no sé por qué no he reparado hasta ahora en esa linda cara. Como soy que eres una alhaja.

Pau. (Eh! Ya ha caido otro de su asno.)
Ono. Con que...
Pau. Veremos. Ni digo que sí, ni que no.
Ono. Eso es muy vago.
Pau. Es preciso ver antes si ese amor es verdadero.
Ono. (*A sus pies.*) Ah! Te juro por mi honor...
Pau. Eso es muy vago.
Ono. Picaruela!
Bar. (*Saliendo del pabellon.*) Oiga! Ya tenemos otro moro en campaña.
Pau. (*Dando un grito.*) Ah!
Ono. Reniego de tus tripas! (*Vase corriendo.*)

ESCENA IX.

PAULINA. BARTOLO.

Pau. Calla! Otra vez por aqui, Bartolo?
Bar. (*De mal humor.*) Toma! Por alguna parte habia de pasar.—No creía yo que estuvieses tan dulcemente ocupada.
Pau. Parece que no estás de muy buen humor, Bartolillo.
Bar. No es sin motivo.—Tantas desgracias á un tiempo... El conde parece que no sabe hablar sino de tí.—«Qué linda es! Qué preciosa!»
Pau. Y eso te da pena?
Bar. No... pero no se trataba de eso, sino de que me diese la hacienda... y me la ha negado.
Pau. Te la ha negado? (*Con aire de compasion.*) Pobre mozo! (Ah! Qué bueno es mi amante prestado!)
Bar. Y cuando vengo á contarte mis cuitas... me encuentro con ese elemento viejo, que te estaba haciendo arrumacos.
Pau. Con que no te quiere arrendar la hacienda! Qué lástima! Y por qué?
Bar. Qué sé yo? No ha querido decirme los motivos. Ni yo le escuchaba, porque pensaba en otras ideas que me han ocurrido... Escucha: qué te decia don Onofre?
Pau. Nada. Me decia...—Dime: ha prometido á otro la hacienda el señor conde?
Bar. Creo que no, porque me dijo: «veremos; eso depende...—Con que, qué te decia, qué te decia don Onofre?
Pau. Me estaba galanteando.
Bar. Cómo! Tambien ese vejete galantea?

Pau. Vaya! Pues si quiere casarse conmigo!

Bar. (*Como esforzándose á dudarlo.*) Casarse contigo!—Esa es grilla.

Pau. Lo que te digo. (Qué turbado está!)

Bar. Ya... pero tú no habrás querido escucharle.

Pau. Te engañas. Las doncellas escuchan siempre.

Bar. Eso es! Y luego dirás que Simona á todos les hace cara. Pues parece que tú no te descuidas.

Pau. Yo!

Bar. Dos en un momento!

Pau. Y de eso te maravillas? Uno para marido, y otro para cortejo.

Bar. (Gran Dios! Qué talenlo tiene! Y qué bonita es! (*La mira embelesado.*) Sobre todo de perfil!—No la habia yo visto todavia de perfil.)

Pau. (Ya está como una malva.)

Bar. (*Al acercarse para hablarla sale Andrés y se interpone.*) Ah! Ese es otro perfil.

ESCENA XII.

PAULINA. BARTOLO. ANDRES.

Bar. Qué traes tú?

And. Para tí nada. Este paquete de cartas para Paulina.

Bar. Bien: vete. (*Vase Andres.*) Cartas para tí! Quién diablos...?

Pau. No sé. A mí nadie me escribe.—Toma; tú que sabes leer...

Bar. Con mucho gusto. (*Toma las carta, abre una, y lee con torpeza.*) Mi fuerte es la leyenda.—«Mi amada Paulina...» Qué mal escrito está esto!

Pau. No tal. «Mi amada Paulina..." Prosigue.

Bar. «Me alegraré que estas cortas líneas te hallen con la cabal salud que yo para mí deseo. La mia es buena para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto. Esta se dirije á declararte que te adoro, aunque por respeto te lo he callado hasta hoy dia de la fecha. Si tú quieres estoy pronto á probarte mi cariño cristianamente con mi persona y bienes. Con esto no te canso mas. Da memorias á tus amos, y á Gervasia la cocinera, y á Mar-

tin el lacayo, y á todos los que pregunten por mí; y manda á tu esposo y servidor que tus manos besa...»— El pedazo de bárbaro! Quién le mandaba escribir estas tonterías?—Y abajo hay un corazon de tinta echando llamas de almazarron y atravesado con una flecha de azafran.

Pau. (Otro novio!) Y quién firma?

Bar. Aqui hay una cruz, y abajo dice de mano agena.— «Mateo Gavilan»

Pau. Ah! Sí: el molinero. Bello mozo.

Bar. Quita allá. Parece un fariseo.

Pau. Y las otras cartas?

Bar. (*Recorriéndolas todas, y leyendo las firmas.*) Todas vienen á decir lo mismo.

Pau. Todos se quieren casar conmigo!

Bar. Geromo Castaño. —Blas Terrones. —Cristobal Modrego. —Canuto Barragan... Vírgen Santa! Qué recua de novios!

Pau. (Y él clavado! Preciso es que su corazon sea de cal y canto.)

Bar. (*Suspirando.*) Paulina!

Pau. (Vamos, de esta hecha se declara.) (*Suspirando.*) Bartolo!

Bar. A quién pienasas escoger... entre tantos pretendientes?

Pau. Qué sé yo...? Se pueden presentar otros...

Bar. (Tiene razon; y á poco que me descuide... Hasta ahora á ninguno temo mas que al conde y al mayordomo.—Seré el tercero. — El número tres no es del todo malo. Si yo me atreviera... Bien sabe Dios que quisiera atreverme.)—Paulina...

Pau. Qué quieres?

Bar. Pues señor, yo... (Y Antona... que le he dado palabra... Qué hago yo con dos mugeres? Preciso será...) (*Dan las doce.*)

Pau. Ah! Las doce; y me espera mi amante.

Bar. Tu amante!

Pau. Sí; el conde. Me ha dado una cita.

Bar. Para qué?

Pau. No sé.

Bar. Adónde?

Pau. Al estremo del bosquecillo.

Bar. Y tú irás?

Pau. Pues no he de ir? Mi palabra es sagrada. (*Mirando*

adentro.) Ah ! Ya me está esperando. (*Echa á correr. Bartolo quiere detenerla.*)

Bar. Paulina, Paulina. Yo tambien tenia que decirte.

Pau. Mas tarde : ahora no puedo oirte.—(Asi aprenderá á resolverse.)

ESCENA XIII.

BARTOLO. *Luego* LUISA.

Bar. Paulina ! Escucha... Pues va á la cita ! Quién se habia de figurar...! Canario! Si los señores dan en pretender á las aldeanas , qué queda para nosotros?—(*Mirando adentro con inquietud.*) Ah ! Ya están juntos. — Ah!! Ya se estan hablando. —Ah!!! Ya le da el brazo.—Ah!!! Ya desaparecen por el bosque. Si á lo menos fuese mi muger tendria yo derecho de irritarme , que siempre es consuelo; pero ahora, qué arbitrio me queda? Cruzarme de brazos, y estarme papando moscas. (*Sale Luisa.*)

Lui. Hola, Bartolo! Qué haces aquí?

Bar. Nada, señorita.

Lui. Has visto pasar al conde?

Bar. Demasiado. Por él estoy que me pueden ahogar con un cabello.—(*Mirando adentro.*) Nada! Ya no los veo.

Lui. Qué dices?

Bar. Querrá V. S. creer... Escandalícese V. S. Ha dado en la flor de festejar á Paulina.

Lui. Lo sé. Es un pasatiempo.

Bar. Pasatiempo? Pues me gusta, como hay Dios! Es pasatiempo abrazar á las mozas?

Lui. (*Turbada.*) La ha abrazado?

Bar. Como tres y dos son cinco. Y vaya si apretaba su señoria! Y poco despues me dijo á mí mismo verbalmente que era preciosa, hechicera.

Lui. Cómo! En tan poco tiempo?...

Bar. Qué! Ríase V. S. de eso. Segun los veo yo, larga es la fecha de su amor.

Lui. Será posible?...

Bar. Sí señora, sí. Hará algun desatino por ella.

Lui. Qué me dices?... Cuando acabo de confesar á mi padre que es él á quien prefiero!

Bar. Cuántas quiere ese señor? Y ha de saber V. S. que á

las doce estaban citados, y apenas ha dado la hora, Paulina ha echado á correr, dejándome con un palmo de narices, y al instante se ha encontrado con el conde, y ya se han ocultado en el bosquecillo.

Lui. Oh cielo!

Bar. Y yo no las tengo todas conmigo, porque al fin y al cabo la ocasion hace al ladron... y como dice el otro... los condes... son hombres... y son condes.

Lui. Por alli viene. Me parece que está pensativo.

ESCENA XIV.

DICHOS. EL CONDE.

Con. (Vamos allá.—Su padre lo exije, y solo á este precio me da su consentimiento. Voy á complacerle.)

Lui. (*Aparte á Bartolo.*) Le voy á tratar como merece.

Bar. Eso es. Ríñale V. S. mucho, para que no vuelva á alborotarnos á las muchachas.

Lui. Bien venido.—(*Conmovida.*) Habrá usted visto á mi padre, sin duda?

Con. (*Con frialdad.*) No señora.

Lui. (Me alegro. Me moriria de vergüenza si supiera lo que le he dicho.)—Parece que viene usted buscando á alguno. Es acaso á Paulina.

Con. No.—Ahora me separo de ella.

Bar. (*Aparte á Luisa.*) Ha visto V. S. qué descaro?

Lui. (*Esforzándose á sonreir.*) Admiro mucho la docilidad de usted. Cómo se ha resignado á una broma, que sin duda le ha sido muy penosa!

Con. No tanto como usted piensa.

Bar. (*Aparte á Luisa.*) Parece que le ha gustado.

Con. Tengo que dar á usted muchas gracias... porque esa prueba singular ha decidido de mi suerte para toda la vida.

Lui. Cómo! Qué dice usted?

Con. Sí señora. Cada uno tiene sus caprichos.—He visto que jamás conseguiria yo agradar á usted...

Lui. Conde!...

Con. Oh! No la culpo á usted.—Quién es dueño de su amor?... He aquí la reflexion que me ha ocurrido poco hace contemplando á esa jardinera... que es muy linda.

Bar. (*Suspirando.*) Es verdad.

Con. Qué mejor eleccion pudiera yo hacer? Jóven, hermosa, sencilla...

Bar. (*Suspirando mas fuerte.*) Es verdad.

Con. Tan dulce, tan graciosa...

Bar. (*Con otro largo suspiro.*) Es verdad.

Con. Y no se deleitará en desesperar á su amante; le amará de buena fé...

Lui. (*Impaciente.*) Ya basta, conde.

Bar. (*Llorando y sollozando.*) No, no basta; que no hay una zagaleja como ella en diez leguas á la redonda.

Lui. Usted la ama?

Con. No me creo obligado á dar á usted razon de mis sentimientos.

Lui. Yo los adivino, y no consentiré semejante escándalo en la casa de mi padre. Poco me importa que ame usted á quien quiera; pero debo velar por la suerte de una pobre muchacha, confiada á nuestra bondad. Ya penetro los designios de usted.

Con. Se equivoca usted.—Ya dije esta mañana que me precio de ser despreocupado. Mi intencion es casarme con ella.

Lui. Qué oigo!

Bar. No dije yo que haria alguna locura?

Lui. Y usted... (Ah! Ella viene, y no podré contenerme en su presencia.)

ESCENA XV.

El Conde. Paulina. Bartolo.

Pau. Ya estoy aquí. Cuándo es la boda?

Bar. (Ciertos son los toros!)

Con. Pronto, querida. Espérame aquí, que vuelvo al instante.

ESCENA XVI.

Paulina. Bartolo.

Pau. Calla! Estás llorando, Bartolo? De donde nace tu pesar?

Bar. Y tú me lo preguntas! Tú, ingrata!... (*Se quita la montera, y la saluda gimiendo.*) Señora condesa...

Pau. Señora condesa! Con quién hablas?

Bar. Sí, hazte la desentendida. No sé yo que el conde te ama... y te toma por muger?

Pau. (*Con alegria.*) Yo su muger! Será posible?

Bar. Pues qué, no lo sabias?

Pau. No.

Bar. (*Con despecho.*) (Y soy yo quien se lo anuncia!)—Qué te ha dicho en el bosquecillo?

Pau. Que me iba á casar, pero no con quién. Sin duda queria sorprenderme. Yo condesa! Dios mio! Yo condesa!

Bar. Y quién tiene la culpa, Bartolo? Tú, tú, rocin, que no te atreves á hablar.—Ah! (*Se abofetea.*) Soy el mayor buey de la provincia.

Pau. Consuélate, Bartolo. No porque yo sea gran señora he de olvidar á los amigos. Te arrendaré la hacienda del Nogueron.

Bar. Para qué la quiero yo? Daria todas las haciendas del mundo por romper ese maldito casamiento.

Pau. Por qué?

Bar. Porque no quiero que tú seas condesa.

Pau. Qué bizarria!

Bar. Porque... quiero decirlo, aunque todo se lo lleve la trampa... Porque yo te amo mas que todos los condes del mundo.

Pau. (*Con alegria.*) Tú me amas?

Bar. Como un tonto, como un animal.

Pau. Por qué no me lo has dicho antes?

Bar. Esa es buena! Sabia yo acaso que te queria? Pero asi que se han declarado los demas he conocido yo que estoy muerto por tí.

Pau. Por fin hablaste! Pero tarde, hijo mio!

Bar. Ya no hay remedio?

Pau. Mira, Bartolo, tú eres muy buen muchacho, pero no debes pretender que te sacrifique mi felicidad. Ese señor me ama...

Bar. Yo tambien, y si me desprecias... haré una brutalidad: te lo prevengo.

Pau. Cómo!

Bar. Cuidado conmigo, que soy dulce como un borrego; pero si me abandono á mi natural fogoso... capaz soy... de ahorcarme.

Pau. Bartolo!

ESCENA ULTIMA.

PAULINA. BARTOLO. LUISA. *Luego* EL CONDE.

Lui. (Estoy fuera de mí. Hasta mi padre me dice que yo tengo la culpa...) Oh! Aqui está la tontuela presumida, que aspira á ser señora. Estará usted muy satisfecha de su triunfo.

Pau. (*Turbada.*) Dios mio! V. S. está enojada, señorita... Pues bien sabe Dios que yo no tengo culpa...

Lui. Tu conducta es alevosa... No lo digo porque siento perder la mano del conde, que no merece la mia quien tiene tan bajos pensamientos; pero esto no justifica tu impertinencia.

Pau. Ya veo que no he obrado bien... porque al fin... V. S. me lo prestó.

Bar. Ah, señorita, señorita! A quién le ocurre prestar esas cosas?

Pau. Yo deberia volvérselo á V. S., porque la conciencia es lo primero; pero qué le hemos de hacer, si él no quiere?

Lui. No quiere! (*Picada.*) Miren el arrapiezo... (*Mudando de tono.*) Escucha, Paulina: yo no tengo predileccion por el conde. Al contrario; le aborrezco, le detesto.

Bar. Yo tambien.

Lui. Pero no puedo sufrir que me ultraje de ese modo.

Bar. Oh! Eso es una infamia.

Lui. Quisiera yo tambien desesperarle. Tu bienestar corre de mi cuenta. Te dotaré; te casaré con quien quieras, si consientes en declarar delante de mi padre y de toda la tertulia que no quieres casarte con el conde, que no le amas.

Bar. Eso, eso.

Lui. Que amas á otro.

Bar. Sí, sí.

Lui. Sea quien fuere: eso no importa.

Bar. A mí, por ejemplo.

Pau. Ah, señorita! Qué me pide V. S.? (*El conde se deja ver por el fondo.*)

Bar. Nada! No hay quien la apée.

Pau. Si he de decir la verdad... yo bien conozco que no estoy enamorada de él... porque quiero mas á otro.

Lui. Pues siendo asi...

Pau. Pero aflijirle ahora con un desaire... siendo tan amable... Y luego, poco cuidado le debe dar á V. S. de que se case conmigo, supuesto que le aborrece. Aun si V. S. le amase, ya sería otra cosa.

Lui. (*Vivamente.*) Eso te decidiria á renunciar á él?...

Pau. Entonces...

Lui. Pues bien, sí... sí; creo que le amo todavia.

Con. (*Echándose á los pies de Luisa.*) Ah! Soy el mas felíz de los hombres.

Lui. Cómo! Ahí estaba usted!

Con. Sí, Luisa mia. Todo esto ha sido una ficcion. He obrado de acuerdo con tu padre.

Lui. Ah! Cómo le voy á reñir... y como le voy á abrazar!

Pau. Con que me ha engañado V. S.? Falso amante!

Con. No, hija mia. He representado hasta el fin mi papel. Acaban de cumplirse las dos horas.

Pau. Pues con mucho gusto le vuelvo á V. S. su galan, señorita; porque ya me estaba dando mucha pena mi pobre Bartolo.

Bar. Hum! (*Enjugándose la frente.*) Todavia siento un sudor frio...

Pau. Y si me quiere, aunque soy pobre...

Bar. Aunque estuvieras en el hospicio.

Con. Yo me encargo de dotarla.

Lui. Yo seré su madrina.

Con. Y en cuanto á la hacienda... (*A Paulina.*) Ya sabes que tú eres quien dispone de ella.

Pau. (*Dando la mano á Bartolo.*) No te dije que yo te la daria?

Lui. Vaya, que no te ha ido mal con el *amante prestado.*

Pau. Mejor me irá con un marido en propiedad.

FIN.

3 0112 117464369

5 P.

<EDICION AGOTADA>